

truir. Quiero creer que los pueblos adquirirán algún día pacíficas virtudes. Me complace descubrir en el engrandecimiento creciente de los ejércitos un presagio lejano de la paz universal. Los ejércitos aumentarán sin cesar en fuerza y en número, amenazando absorber á los pueblos por entero. Entonces el monstruo será víctima de su hartura, reventando de gordo.

XIII

LOS ACADÉMICOS

Aquel día supimos que al obispo de Séez le nombraban miembro de la Academia Francesa. Había pronunciado veinte años atrás un panegírico de San Maclou que fué tenido por obra de mérito, y me atrevo á suponer que contendría pasajes excelentes, porque mi buen maestro, el señor abate Goignard, algo escribió en él antes de escaparse del obispado con la camarera de la señora la Baillive. El señor obispo de Séez pertenecía á la más elevada nobleza normanda. Su piedad, su bodega y su cuadra eran justamente ponderadas en todo el reino, y su propio sobrino administraba los beneficios eclesiásticos. Su elección á nadie sorprendió. Mereció la aprobación general, exceptuando á los irascibles del café Procopé, que nunca están satisfechos.

Mi buen maestro criticó indulgentemente su espíritu de contradicción.

—¿Cómo puede quejarse el Sr. Duclós—dijo— de la nueva elección, cuando ésta le iguala al señor de Sééz que tiene el más lucido clero y la mejor jauría del reino? Según los estatutos, todos los académicos son iguales. Es cierto que disfrutan de la insolente igualdad de las saturnales, que cesa una vez terminada la sesión, cuando el señor obispo sube á su carroza dejando al Sr. Duclós mancharse las medias de lana en el arroyo. Pero si no quiere igualarse así con el obispo de Sééz, ¿por qué frecuenta el trato de los académicos? ¿Por qué no se mete en un tonel como Diógenes, ó en un cuchitril de San Inocente, como yo? Sólo desde un tonel ó desde un cuchitril se sobrepujan las grandezas de este mundo. Ahí únicamente se es verdadero príncipe y único señor. ¡Dichoso aquel que no cifra sus esperanzas en la Academia! ¡Dichoso aquel que vive exento de temores y de deseos, y que conoce la pequeñez de las cosas! ¡Feliz quien sabe que tan inútil es ser académico como no serlo, porque su vida será tranquila, obscura y sin zozobra! La hermosa libertad le sigue á todas partes. Celebra en la obscuridad las silenciosas orgías de la ciencia y todas las musas le sonríen como á su primogénito.

Así habló mi buen maestro, admirándome con

el casto entusiasmo que animaba su voz y brillaba en sus ojos. Pero la inquietud de los pocos años me agitaba. Yo quería decidirme, lanzarme al combate, declararme en pro ó en contra de la Academia.

—Señor abate—pregunté—, ¿no tiene la Academia la obligación de atraerse á los más insignes talentos del reino antes que al sobrino del obispo administrador de los beneficios eclesiásticos?

—Hijo mío—respondó con dulzura mi buen maestro—, si el señor de Sééz es austero en sus mandatos, magnífico y galante en su vida; si es, en fin, el parangón de los preladados, y si ha pronunciado ese panegírico de San Maclou, cuyo exordio relativo á la curación de los escrofulosos por el rey de Francia ha parecido noble, ¿queréis que la Academia le rechace por la sola razón de tener un sobrino tan poderoso como amable? Hubiera sido demostrar una virtud salvaje y castigar con inhumanidad al señor de Sééz por las grandezas de su familia. La Academia ha querido olvidarlas. Esto sólo, hijo mío, es bastante magnánimo.

Tanto me dominaba el fuego de la juventud, que me atreví á replicar:

—Perdonadme, señor abate, que no me dé por

convencido con vuestras razones. Nadie ignora que el señor de Sééz sólo es atendible por su carácter comunicativo y que sólo se admira en él sus mañas para escurrirse entre los partidos. Se le ha visto deslizarse suavemente entre los jansenistas y los jesuítas, y colorea su pálida prudencia con las rosas de la caridad cristiana. Supone haber hecho todo lo posible cuando no deja descontento á nadie, y cifra todo su empeño en conservar su fortuna como si no tuviera otra obligación. No es su gran corazón lo que le ha valido los votos de los ilustres protegidos del rey. Tampoco ha sido su gran inteligencia. Pues aparte de ese panegírico de Maclou, que no le costó más trabajo que el de leerlo (todo el mundo lo sabe), ese buen obispo sólo ha dejado oír las tristes pastorales á sus vicarios. Sólo era agradable por la amenidad de su lenguaje y por la corrección de sus modales. ¿Son estos títulos suficientes para la inmortalidad?

—Dale vuelta—respondió afablemente el señor abate Coignard—, reflexionáis con esa sencillez que vuestra madre os infundió al daros á luz, y veo que conservaréis durante mucho tiempo vuestro candor nativo. Os felicito por ello. Pero no consintáis que la inocencia os haga ser injusto:

basta con que os obligue á ser ignorante. La inmortalidad que acaban de conceder al obispo de Sééz no vale tanto como la de un Bossuet ó de un Belzunce: no está grabada en el corazón de los pueblos admirados: está inscrita en un gran registro; y comprenderéis que esos laureles de papel no sean siempre consagrados en cabezas heroicas.

»¿Qué mal veis en que se cuenten entre los Cuarenta más caballeros correctos que hombres geniales? La vulgaridad triunfa en la Academia. ¿Dónde no triunfa? ¿Es acaso menos poderosa en los Parlamentos y en los Consejos de la Corona, donde sin duda es más impropia? ¿Es, pues, preciso ser un hombre eminente para trabajar en un Diccionario que proponiéndose modificar la costumbre se ve obligado á seguirla?

»Los academistas ó académicos fueron instituidos, ya lo sabéis, para que fijaran el uso conveniente en lo que al lenguaje se refiere, para limpiar el idioma de toda antigüedad y popular impureza, y para que no apareciera otro Rabelais ú otro Montaigne apestando á canalla, á pedante y á provinciano.

»Con este objeto reunieron gentiles hombres conocedores de las buenas costumbres y escritores

deseosos de conocerlas. Esto hizo temer que la Academia reformara tiránicamente la lengua francesa. Pero pronto se vió que aquellos temores eran infundados y que los academistas obedecían al uso en vez de imponerlo.

»La Academia hubo de resignarse á mencionar en un gran Diccionario los progresos del uso. Es la única ocupación de los Inmortales, y una vez terminada tienen tiempo de distraerse unos con otros. Para esto necesitan compañeros agradables, ocurrentes y graciosos, cofrades amables, hombres de mundo y de buena sociedad. No siempre hacen falta grandes talentos. La inteligencia es á veces insociable. Un hombre extraordinario no es casi nunca un hombre de recursos. La Academia ha podido prescindir de Descartes y de Pascal. ¿Quién asegura que hubiera podido prescindir también de Godeau, de Conrart ó de otro miembro de espíritu sutil, avisado y chistoso?

—¡Ay de mí!—suspiré—¿entonces la Academia no es un Senado de hombres divinos, un concilio de Inmortales; no es el augusto areópago de la poesía y de la elocuencia?

—Nada de eso, hijo mío. Es una reunión muy cortés, que se ha conquistado por ese medio un gran renombre entre los pueblos extranjeros, y

especialmente entre los moscovitas. No podéis figuraros, hijo mío, la admiración que la Academia francesa inspiró á los barones alemanes, á los coroneles del ejército ruso y á los milores ingleses. Esos europeos no conciben nada tan estimable como nuestros académicos y nuestras bailarinas. He conocido una princesa sarmata, muy hermosa, que pasó una temporada en París, buscando con impaciencia un académico cualquiera, para inmolarle inmediatamente su pudor.

—Si es así—exclamé—¿cómo se exponen los académicos á comprometer su buena fama con elecciones que tienen poca aceptación?

—Vamos, Dalevuelta, hijo mío—replicó mi buen maestro—, no critiquemos las elecciones poco afortunadas. Ante todo, en todos los asuntos humanos es preciso contar con la casualidad, que es la parte de Dios en la tierra, y el único medio por el cual la Providencia divina se manifiesta claramente en este mundo. Pues sabéis muy bien, hijo mío, que lo que llaman absurdos de la suerte y caprichos de la fortuna, sólo son, en realidad, los desquites que la sabiduría divina se toma burlándose de los consejos de los falsos sabios. Es conveniente, en segundo lugar, conceder en las asambleas alguna satisfacción al capricho

y á la fantasía. Una sociedad completamente razonable, sería en absoluto insufrible; languidecería bajo el frío imperio de la justicia. No se creería ni poderosa, ni siquiera libre, si no saborease de vez en cuando el delicioso placer de provocar á la opinión pública y á la razón. El peccadillo de los poderes de este mundo, consiste en obstinarse en caprichos extravagantes. ¿Por qué la Academia no ha de tener sus fantasías como el gran Turco y las mujeres bonitas?

»Muchas pasiones contrarias se unen para inspirar esas elecciones desacertadas que indignan á las almas sencillas. Algunos hombres honrados gozan convirtiendo á un infeliz en académico. Así el Dios del salmista saca al pobre de su estercolero: *Erigens de stercore pauperem, ut collocet eum cum principibus, cum principibus populi sui*. Esos golpes admiran á los pueblos y los que los dan, deben creerse armados con un poder misterioso y terrible. ¡Y qué inmenso placer es sacar de su estercolero á un pobre de espíritu al mismo tiempo que se deja en la sombra á un déspota de la inteligencia! Es beberse de un trago una mezcla rara y deliciosa de caridad satisfecha y de deseo colmado. Es gozar con todos los sentidos y satisfacerse completamente. ¡Y queréis que los

académicos resistan á la dulzura de semejante filtro!

»Es preciso considerar también que los académicos, proporcionándose esa voluptuosidad sabia, obran en provecho de sus intereses. Una sociedad formada únicamente de grandes hombres, sería poco numerosa y resultaría triste. Los grandes hombres no pueden aguantarse unos á otros, y tienen poco ingenio. Es conveniente unirlos á los insignificantes. Eso los divierte. Los insignificantes ganan con el trato de los grandes hombres, y los grandes hombres con la comparación: es beneficioso para unos y otros. Admiremos con qué seguridad, con qué mecanismo ingenioso la Academia francesa comunica á alguno de sus miembros la importancia que recibe de otros. Es un conjunto de soles y de planetas donde todo brilla con un resplandor propio ó prestado.

»Diré más. Las elecciones desacertadas son convenientes á la existencia de la asamblea. Si no cometiera en sus elecciones algún error y alguna debilidad, si alguna vez no aparentase que se deja arrastrar por la casualidad, resultaría tan odiosa que no podría vivir. Sería en la república de las letras como un tribunal entre los condenados. Siendo infalible, resultaría odiosa. ¡Qué

ofensa para el rechazado si el elegido fuera siempre el mejor! La hija de Richelieu debe ser algo benigna para no parecer demasiado insolente. La salva tener fantasías. Su injusticia prueba su inocencia; y porque la reconocemos caprichosa, puede rechazarnos sin ofendernos. A veces es tan ventajoso para ella equivocarse, que me siento dispuesto á creer que lo hace á propósito, á pesar de las apariencias. Tiene rasgos admirables para calmar el amor propio de los candidatos á quienes rechaza. Alguna de sus elecciones desarma la envidia. En sus faltas aparentes debemos admirar su mucha sabiduría.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

XIV

LOS INSURRECTOS

Aquel día, habiendo hecho mi buen maestro y yo nuestra visita acostumbrada á la *Imagen de Santa Catalina*, hallamos en la tienda al célebre señor Rockstrong subido en lo más alto de la escalera para descubrir unos libros viejos que le interesaban. Porque es sabido que en su vida agitada complaciase reuniendo libros preciosos y hermosas estampas.

Condenado por el Parlamento de Inglaterra á cadena perpetua, por haber tomado parte en el atentado de Monmouth, vivía en Francia, desde donde enviaba continuamente artículos á los periódicos de su país. Mi buen maestro, siguiendo su costumbre, se sentó en un taburete y luego, alzando los ojos á la escalera donde el señor Rockstrong se desenvolvía con esa agilidad propia de las ardillas, que conservó hasta muy avanzada edad, dijo: